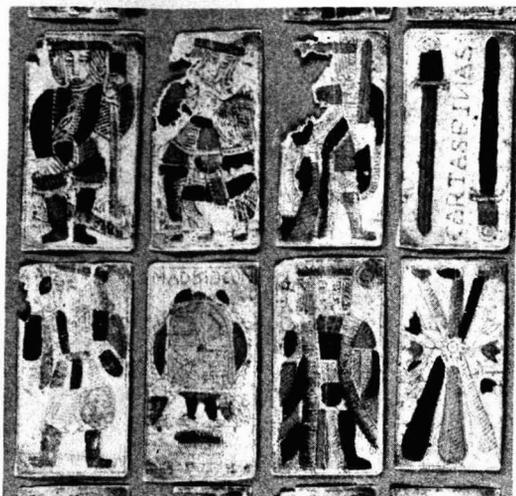


Zandra Calderón

BARAJA DE NIGROMANTES



Nuestra época es compleja —se dice—, abundante en contrastes y transformaciones. Para no sumarme al slogan común quiero pensar que esto no es así. Cuando una época entra en crisis, Edad Media, Renacimiento, siglo XIX, pueden notarse estas dos características; de encontradas formas de expresión en el ser humano, por una parte, y transformaciones inminentes, por otra. Si bien creo que las preocupaciones del hombre son en esencia las mismas a lo largo de su Historia, también creo que en la actualidad conocemos más de esa Historia, ya muy larga, pero que parece repetirse siempre con muy ligeros cambios.

Digo esto a propósito de la nota que presento acerca de quienes en la ciudad de México ejercen de alguna manera la magia, cartas, café, limpias, buena ventura, etcétera. Me siento ajena al ritual de los entrevistados, pero muy próxima a sus inquietudes.

En un viejo edificio de los que hay en el centro de la ciudad, entrando por un pasillo donde también venden jugos y corbatas, se llega a un despacho oscuro. En una pared se ven líneas con algunos recortes de periódicos, en los que se lee: “Se pronostica muerte de político eminente. El mejor horoscopista del mundo. ¿Charlatán o vidente?” En otra pared hay una invitación para integrarse a un grupo que estudia la naturaleza.

Una señorita me invita a que la siga a las piezas interiores; dos altísimas habitaciones separadas por un arco, una totalmente vacía y en la otra un minúsculo escritorio de los que usan los escribas de la Plaza de Santo Domingo; un archivero pequeño y dos cartulinas con los signos del Zodiaco dibujados como trabajos escolares. Esperé al vidente unos minutos. Por su manera de vestir podría pensarse que se trataba de un burócrata sexenal: lamparoso traje azul marino y camisa blanca. A manera de saludo me da una tarjeta con su nombre, dirección, horas de visita.

Quiero salir corriendo, no encuentro a dónde guardar mi desencanto. No descubro el misterio por ningún lado. Aquello parece la magia institucionalizada. Ni el edificio me hace sentir la belleza que Fuentes atribuye a algunos edificios de la zona vieja de la ciudad, ni el vidente ejerce sobre mí fascinación alguna.

El vidente cruza una hoja de papel bond tamaño oficio con una raya vertical y otra horizontal. Pregunta mis señas de identidad y en el margen superior izquierdo de la hoja escribe la fecha en que lo visito y firma.

—Para 1974 habrá un cambio en su vida, yo lo aseguro. —Su voz suena grave, despota. Sus ademanes bruscos. Mira sesgado tras enormes gafas negras.

—Tendrá mala suerte todo el año, le robarán, hay peligro de incendio, se enfermará, se anuncia un accidente, en amores sufrirá quebrantos... y ya no le digo más porque la voy a asustar... ¡Niña, protéjase, porque también en lo económico veo desastres! Usted necesita ayuda, yo la quiero ayudar. Tenemos que trabajar mucho para evitar que sucedan estas cosas. Ahora tengo prisa, me





voy. No le cobraré nada esta vez. No quiero causarle más daños de los que le esperan, pero regrese y si decide confiarme todo su asunto le costará cien pesos. . . tráigame tres huevos de gallina con puntitos café, una tarjeta y un sobre que hayan convivido por lo menos tres horas con su sangre. . . ¡No se puede quejar! De prisa pero hice muy exacto el pronóstico.

No puedo moverme de la silla dura en que estoy sentada, a pesar de que el hombre me insta a salir. A manera de defensa, después de dudar algunos instantes le pregunto para dónde va.

—A Michoacán a buscar, cerca del Paricutín, piedras medicinales. Estoy colaborando con unos antropólogos.

Extiende una segunda tarjeta, que por lo menos me regresa la facultad de reír, pues bajo su nombre impreso se lee con grandes letras mayúsculas y sin más explicación:

DOCTOR HONORIS CAUSA

Parece un personaje del Bosco. Sus cabellos ya muy escasos son transparentes igual que su rostro. Bajito de estatura y abundante en carnes se expresa con una complacencia erótica inquietante.

—La Santería es cara. Al santo hay que darle de comer. Santo Niño de Atocha ¡Eleguá! come pollo asado con poca grasa pero bien condimentado. La Virgen de la Caridad del Cobre es una virgen de cuidado, es muy salida. En una ocasión su marido la fue a buscar al baile y ella, para que no la reconociera cuando estaba con su amante, huyó vestida de hombre. Es por eso que en mi altar la tengo en las dos representaciones: de hombre y de mujer. A ella hay que darle más fruta que comida. ¡Ochum! como también se le llama, come fruta bomba, piña, níspero y calabaza de castilla. A las mujeres de esta virgen hay que cuidarlas, son mujeres de muchos hombres. En cambio, la Virgen de las Mercedes o Babá es una muñeca, por eso se viste de blanco, sus mujeres son dulces, saben querer a su hombre. Ella come gallina que no sea negra o chiva en chilindrón. Yamayá o Aguatalá es también conocida como la Virgen de Regla. Hay una blanca y una negra. Son en realidad dos. Son hermanas. Comen croquetas de pollo, pescado o jamón. San Lázaro o Babalú Ayé come pollo cocido sin sal y pan tostado. Orula o San Francisco de Asís come gallina negra con almendra y fricasé de pollo con pimiento morrón.

Las estatuillas que el santero muestra son las imágenes de barro que todos conocemos. Sin embargo me parecen diferentes, maqui-lladas por otro relato, ajenas al significado religioso.

Collares, piedrecillas, floreros con aguas de colores, ofrendas de comida, veladoras y monedas esparcidas por el altar y cuatro pedazos de coco, constituyen los implementos de trabajo del oficiante.

El santero vino de Cuba, y para conocer los quereres de la gente se vale de los cuatro pedazos de coco que arroja varias veces sobre el piso. Acompaña el rito con un rezo indescifrable. De

pronto se arrodilla y besa en cruz el piso. Sus cocos “le dicen” que la mejor letra del ritual se ha manifestado

—Tú perteneces a la Virgen de los Remedios. Estás escasa de alegrías. Ve al baile, mujer. ¡Diviértete! ¡Tienes un camino muy hermoso, pero no lo quieres creer!

—Los amarres no sirven nunca. No se une mujer con hombre por efectos de un amarre, porque siempre termina en pendencia. El amor es por la buena. ¡Trabajo de amarre es siempre falso! Tampoco es bueno hacer que los animales truenen para causar muerte o enfermedad de los enemigos. Esos trabajos los hace gente mala. El Santero siempre ayuda, da consejo, limpia para encontrar la felicidad. Dios no me abandona nunca. A mí me va bien desde que me hice santo —son respuestas a otras tantas preguntas que hago.

Mientras camino buscando la buena ventura recuerdo que hace medio año inicié un tratamiento psicoanalítico. En consecuencia mis desatinos son ahora menos inconscientes. Pensé que sería más sencillo recomendar mis problemas a los efectos de una bien conjurada pócima humeante. Con esta verde esperanza seguí mis investigaciones.

Detrás de un biombo de tonos pastel encuentro a una señora con muchos años y ojos transparentes. La nariz y las manos son como las de Celestina. Ella lee las cartas.

—Es usted insegura y le gusta estar sola —dice. En ese momento me creo descendiente de Aureliano Buendía. Las cartas de la mujer están gastadas pero no sus palabras.

—Compre una docena de rosas en botón. Con los pétalos rojos límpieme el cuerpo, y después tire los pétalos al voltear una esquina. Su vida es muy hermosa pero la ha dañado la intriga. Alguien con muy malas intenciones ha invertido dinero para hacerle daño. No haga caso del halago porque esconde envidia. Los oros significan riqueza, tendrá dinero. Los bastos son lágrimas, una persona que se duele por usted. Hay amor en su vida, no lo invento, las cartas lo dicen y se repite mucho. Pronto vendrá el entendimiento. Usted puede empezar de nuevo o componer lo viejo, de todas maneras tendrá fortuna ¡es usted joven!

Dejo a la anciana y camino pensando que sí tengo problemas y que evidentemente se deben a la intriga. ¡Claro! Ahora lo comprendo todo: ¡El mundo se ha confabulado en mi contra!

